

VI

Res augusta.

Aquella velada produjo en Mario una sacudida profunda y una obscuridad triste en su alma. Experimentó lo que tal vez experimenta la tierra en el instante que la abre el hierro para depositar en ella el grano de trigo; sólo siente la herida; la sacudida del germen y el placer del fruto, vienen más tarde.

Mario se quedó sombrío. ¿Acababa apenas de abrazar una fe y debía rechazarla? Dijose resueltamente á sí mismo que no. Declaróse que no quería dudar; pero comenzaba á dudar á pesar suyo. Vivir entre dos religiones, no habiendo dejado todavía la una ni entrado aún en la otra, es insoportable. Y los crepúsculos sólo agradan á las almas de murciélago. Mario tenía abiertas sus pupilas, y necesitaba la verdadera luz. La media luz de la duda le hacía daño. Por más deseos que tenía de quedarse donde estaba, y de permanecer firme, se veía obligado irresistiblemente á avanzar, á examinar, á pensar, á ir más adelante, sin cesar ni cejar. ¿A dónde debía esto llevarle? Temía, después de haber dado tantos pasos que le habían aproximado á su padre, dar otros nuevos que le alejasen de él. Aumentábase su malestar con todas las reflexiones que se le ocurrían. Todo se le hacía escarpado á su alrededor. Ya no estaba de acuerdo, ni con su abuelo, ni con sus amigos; temerario para el uno, retrógado para los otros, vióse doblemente aislado por el lado de la vejez y por el de la juventud. Dejó de ir al café Musain.

En esta turbación de su conciencia, apenas pensaba en ciertos detalles serios de la existencia; pero las realidades de la vida no se dejan olvidar, y fueron á acometerle bruscamente.

Una mañana, entró en su cuarto el amo de la fonda, y le dijo:

—El señor Courfeyrac ha respondido por vos.

—Sí.

—Pues me hace falta dinero.

—Decid al señor Courfeyrac que me haga el favor de venir; tengo que hablarle,—dijo Mario.

Al entrar Courfeyrac, el patrón los dejó solos.

Mario le refirió lo que no había pensado decirle todavía, esto es, que estaba solo en el mundo y sin parientes.

—¿Y qué va á ser de vos?—dijo Courfeyrac.

—No lo sé,—respondió Mario.

—¿Qué pensáis hacer?

—No lo sé.

—¿Tenéis dinero?

—Quince francos.

—¿Queréis que os preste?

—Jamás.

—¿Tenéis ropa?

—Esta.

—¿Y alhajas?

—Un reloj.

—¿De plata?

—De oro. Este.

—Yo sé de un prendero que os comprará la levita y un pantalón.

—Corriente.

—No os quedará más que un pantalón, un chaleco, un sombrero y un frac.

—Y las botas.

—¿Cómo! ¿No habéis de ir con los pies descalzos? ¡Qué opulencia!

—Tendré bastante.

—Conozco un relojero que os comprará el reloj.

—Bueno.

—No, no es bueno. ¿Qué haréis después?

—Lo que fuere menester. Todo lo que sea honrado al menos.

—¿Sabéis inglés?

—No.

—¿Sabéis alemán?

—No.

—Tanto peor.

—¿Por qué?

—Porque un librero amigo mío está publicando una especie de enciclopedia, para la cual podríais traducir artículos alemanes ó ingleses. Lo paga mal, pero se vive.

—Aprenderé el inglés y el alemán.

—¿Y entre tanto?

—Entre tanto me comeré mi ropa y mi reloj.

Llamaron al prendero, y le compró la ropa en veinte francos.

Fueron á casa del relojero, y les compró por cuarenta y cinco francos el reloj.

—Esto no va mal,—decía Mario á Courfeyrac al entrar de vuelta ya en la fonda;—con los quince francos que tenía reunió ochenta.

—¿Y la cuenta del patrón?—observó Courfeyrac.

—Es verdad; la olvidaba ya,—dijo Mario.

El patrón presentó su cuenta, y hubo que pagársela en seguida. Ascendía á setenta francos.

—Me quedan diez francos,—dijo Mario.

—¡Diablo! exclamó Courfeyrac.—Os comeréis cinco francos mientras aprendáis el inglés, y otros cinco mientras aprendáis el alemán. Esto será tragar una lengua muy pronto, ó gastar una moneda de cien sueldos muy lentamente.

En el entre tanto, su tía Guillenormand, bastante buena en el fondo en los momentos tristes, había concluído por averiguar la morada de Mario.

Una mañana, cuando Mario volvía de clase, se encontró con una carta de su tía y las "sesenta pistolas", es decir, seiscientos francos en oro, en una cajita cerrada.

Mario devolvió los treinta lises á su tía acompañados de una carta muy respetuosa, en la cual le declaraba que tenía medios de existencia bastantes para atender á sus necesidades. En aquel momento le quedaban tres francos.

La tía no dijo nada de aquella devolución al abuelo por miedo de acabarle de exasperar. Además, ¿no había dicho que no le hablasen nunca de aquel bebedor de sangre?

Mario dejó la fonda de la puerta de Santiago, no queriendo contraer deudas.

